



## LA FIESTA DEL CRISTO Y LOS MALOS ESPÍRITUS

Que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla. Eso andaba cantando, señor juez, aquella manada de jarochos, abigarrado vocerío en la taberna de Nicasio, más ruinosos que el Castillo del Duque de Frías, hartos de tintorro y de aceitunas zorzaleñas, beborroteando toda la mañana, hatajo de cafres, sin excepciones, que ninguno sabe con exactitud dónde cae el País Vasco.

Allí estaba Pascual, cabestro de la Luisa, que en su casa, lo que se dice comer, nadie come, pero para el pimpleo nunca falta; Fernando Mendinilla, vaquero de Rodanillo, con los ojos más torcidos a cada trago; Manolo el de San Román, oliéndole los hocicos a pimientos crudos; y, cómo no, Juanele Candiles, que yo le quitaría el apodo, mejor Juanele el Gorrón, siempre con urgencias de ir a los servicios a la hora de pagar la cuenta...

Y todos, eso, señor juez, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla.

Yo, fuera, sentado en un velador, contemplando las montañas de los alrededores, con mi cervecita fresca, la segunda de la mañana, ni una más, que a prudente nadie me gana, los ojos fijos en el centro de la plaza, en los fulanos del ayuntamiento, todos colgando farolillos, guirnaldas, levantando el entarimado para la verbena de la noche.

La forastera, solitaria, vino a posarse como una mariposa en el velador siguiente al mío. Rubia era, embutida en un vestido amarillo con botones negros, muy ajustado, asomándole las cintas del sostén por los ribetes del escote, que todos sabemos cómo salen algunas a la calle cuando llega el catorce de septiembre.

Lo juro, señor juez, ni un mal pensamiento. Yo, aunque de caduqueos nada, nada de siestas canónicas, tampoco soy hombre que ande por ahí astillando a las hembras en los ojos, que ya monto quince años sobre el medio siglo, aunque no se me note mucho.

-¿Libre?- preguntó, con voz suave, mientras señalaba un asiento próximo al mío.

-Sí- le respondí cortésmente-, libre..., esperando el honor de sostener su delicado peso.

Un momento después, nada más sentarse, me di cuenta de que apoyaba un muslo sobre el otro, casi al aire, cosas del verano, que no digo yo que fuera una bagasa, y

mientras se acariciaba las torces del collar, como distraída, hasta los calcetines parece que me bambaroteaban.

-¿Casada o soltera?- quise saber, sin intención, mientras le miraba a los ojos que eran dos nidos de espejos.

Pasó por delante Tobalico Ventoso, más viejo que yo, más acabado, pero no hay quien le tosa desde que al hijo, al Pedro, le dedicaron una calle. Sí, esa, señor juez, esa misma... a usted cualquier cosa le hace gracia ¡caray! Cualquier cosa... Sólo sucedió que un tío cachondo, trompa perdido, hizo una noche trizas el azulejo de "R"; por eso la conocemos como "la calle del pedo ventoso", charranerías de estos pueblos burlones.

Pues, como iba diciendo, pasó por delante nuestro el tal Tobalico -bembibrenses nos llama, no bercianos como todo el mundo- y va el zolochó y me cuca un ojo, que a la señora se le subían los colores, aturdida, y a mí me dieron ganas de ponerle el rostro como los que pinta el Picasso ese. Tobalico y los de su calaña, no servidor, son los que debían ocupar este banquillo, y los otros, los del anterior de la taberna, barritando como elefantes, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla.

Yo, señor juez, nunca he sido un camorrista, esta es la primera vez que piso un juzgado; jamás, en mi larga vida, nadie puede decir que me salí del andel del carro. Ni el día de la fiesta esa del botillo, donde tanto se empina el codo. Ni cuando tuve la visión aquella del profeta Jeremías, anunciándome los males que le esperan a este pueblo de Bembibre, que algunos optimistas dijeron que no, anda allá, pero era que sí, mal lo paguen, por incrédulos, en la caldera de Pedro Botero.

A media mañana había acudido yo a la plaza, por el puente de la estación, que siempre es bueno timonear el barco, que algunas veces las opiniones de los viejos, no se ría, evitan que las fiestas se conviertan en una gazpachada.

-Cuidado, Juan José- me dijo la parienta, metida en la faena del hogar, cuando salía yo a la calle-. Hoy, a las doce, sueltan a la diablilla.

¿De veras, señor juez, usted nada conoce sobre la diablilla? ¡Cómo se nota que es forastero!... Un espíritu perverso, una zurróna que arde en el infierno, penando, penando, y año tras año, al catorce de septiembre, cuando la Fiesta del Cristo, los demonios la sueltan por el pueblo, principalmente por sus calles de tipo medieval. Debido a eso hay repique de campanas, a todo trapo, una tormenta de sonidos amontonados, para ahuyentarla. ¿Tampoco sabía el repiqueteo de las doce de la mañana? Hasta los pájaros vuelan enloquecidos ese día por el valle, señor juez, tal si fuera el cielo un chisprroteo de plumas desconcertadas. Como es un espíritu, se mete en todas las casas, en las tascas, en el baile y siempre hace alguna de las suyas. Nunca, el día de la Fiesta grande del Cristo, faltan borracheras en Bembibre, ni perdularios de Ponferrada que no hagan alguna trastada, peleas, novios,



matrimonios con trifulcas, alguien que se ahoga. Muy perversa, señor juez, muy perversa.

Por eso a los niños, los angelitos, los más débiles, las madres les cuelgan varias medallas, no una, varias que esa pendonada...

-No olvides la medalla, Juan José- me había recomendado la parienta al salir de casa-. Con esa pájara nunca se sabe.

-Siempre la llevo, mujer. Cuando tú no sepas que siempre la llevo...

Desde toda la vida, señor juez, existe en Bembibre el miedo a la diablilla. Mi madre me contaba que un abuelo suyo, el día del Santo Cristo, fue a bañarse al río Boeza, ni siquiera al Noceda, a una acequia que ni medio cuerpo de agua cubría, y ahogado lo trajeron, culpa de la mala pécora, que le sumió la cabeza y no se la soltó hasta tenerlo empachado.

-Por no llevar la medalla- recuerdo que me repetía, machacona, mi difunta madre-, por no llevarla.

¿Se ríe, señor juez? Algunos piensan que son cosas de los curas, de cuatro viejas tragasantos, pero a mí nadie me quita de la cabeza... ¿La señora rubia quiere saber? ¡Ya! Perdona. Se me había ido el hilo por otro embaste.

-¿Le gusta nuestro pueblo?- cambié yo el tercio, prudente, en vista del silencio a mi anterior pregunta.

-Me gustan- esta vez habló- todos los lugares donde hay hombres, hombres.

Y me miraba a la cara, señor juez, sonriente, que tenía una sonrisa bonita bajo los cabellos rubios, acicalados, bello oleaje de fuga, no como la parienta, que su cabeza, Dios me perdona, es un puro desorden.

Algunos entraban a la taberna, o salían, haciéndome confianzas con el rabillo del ojo, los muy perdularios, como si a mí me gustara candilrear con las hembras. ¿Tengo yo cara de candiletero? Hombre de los de antes, eso soy, cortés con cualquiera que venga de fuera, hembra o macho, más por las fiestas, haciendo patria chica.

Y los de dentro, dale que dale, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla, arremangados, abestiándose con el tintorro, un jabardillo de mandilones, que hasta el señor alcalde, desde la puerta del ayuntamiento, miraba de vez en cuando hacia la taberna, como reprochando aquella falta de compostura en día tan señalado.

Fernando Medinilla desafinaba como un condenado, que además de feo canta mal, y Manolo el de San Román, de vez en cuando, imitaba el cacareo de los gallinos, o el

mugido de un toro, o balaba como las cabras, que el marica lo hace muy bien, y la forastera, cambiándole el aire a los muslos –a poco me da un infarto- se reía.

En esto pasaron por la plaza, hacia la iglesia, los jerifaltes de la cofradía del Santo Cristo, todas ellas y ellos con el traje regional de la comarca del Bierzo, que debían sudar como galápagos, airosos todos al son de la música, entre dos filas de curiosos y de cotorreras.

Allí se veía gente de San Esteban del Toral, de Labaniego, de Losada, de Rodanillo, de San Román, de Viñales, de Santibáñez del Toral, ¡qué sé yo!

Y la forastera, acariciándose el muslo con una mano que yo quisiera mía, comentó:

-Aquí las parejas no desfilan a caballo, como en las romerías andaluzas.

-Caballos sí desfilan, señora –dije, por decir algo, yo-; lo que no llevan son jinetes.

Y ella, para que vea, señor juez, era muy lista, al vuelo cogió la pulla, soltando una carcajada con todas sus ganas, cachondona, y se me arrimaba al cuerpo, diciendo que qué cosas, y yo, en uno de esos abejeos, sentí el roce de un pezón contra el brazo y me entró especie de calambre por todo el alcantarillado de la sangre, como cuando joven.

¿Comprende ya el asunto de la diablilla? Los viejos somos viejos pero no estamos muertos. Yo no parecía yo, señor juez, galanteando por el baile me veía, igual que en los años mozos, cuando no había gallo que me tosiera.

La pandilla de dentro erre que erre, sin darle descanso a la cola de milano. Desde Santurce se habían pasado a Asturias, patria querida, ignorando también, seguro, por donde anda esa tierra, bien los conoce: una gazapina de chocarreros hartos de garbanzos mulatos.

La forastera, de vez en cuando, giraba los ojos hacia la puerta de la taberna y, aunque nada decía, yo vi en su rostro un gesto de reproche. Envalentonado, levantándome del asiento enérgicamente, con ganas de demostrar que uno es hombre todavía, entré furioso en el recinto.

-¡Ya está bien de hacer el gamberro!- les grité en voz alta-. Así tenemos la fama que tenemos fuera del pueblo.

Medinilla, entonces, subió más la voz, desafiante; Manolo el de San Román imitó el gruñido de un marrano en celo, aplaudiéndolo algunos clientes, también, desde el otro lado del mostrador, el propio Nicasio; y Juanele Candiles me hizo un corte de mangas, pudiendo ser yo su padre.

Y vino el lío, señor juez; comprenda que no pudo ser de otra manera. Abocinado sobre el mostrador quedó el Juanele, astillas hubiera hecho con los otros dos si no se apiñan, cobardones, contra mí.

Gracias tienen que dar al Cristo de que aquel día no llevara una navaja en el bolsillo, por eso sólo hubo contusiones, por eso se me acusa solamente de escándalo público.

Yo no sentía los moquetes que me daban, sino vergüenza ajena por la forastera, por el espectáculo que le estábamos brindando.

-Señora- dije, acercándome a la puerta-, perdone si...

Y se había evaporado, señor juez, como por arte de magia, como los espíritus.

Estremecido, me metí una mano en el pecho, por debajo de la camisa, y no llevaba la medalla. Ese día, señor juez, incomprensiblemente, no llevaba yo la medalla. Ríase, que todos revienten a carcajadas, es su derecho, pero a mí, la verdad, cosas hay que me ponen los pelos de punta.

Servidor había iniciado la camorra, de acuerdo, sobre mis espaldas caiga el peso de la ley, lo merezco, pero que alguien me explique por qué ese día, cuando nunca me la quito, no llevaba yo la medalla.

MANUEL TERRÍN BENAVIDES